



ALBERT
LUCIEN
DREJEAN
LANVIN

El secreto ^{25 cl}
de una noche

LE SECRET D'UNE NUIT
1931

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAQUER
EDITORIAL "ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 334 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad. Genl. Española de Librería - Barcés, 14 y 16 - Barcelona

AÑO XI APARECE LOS MARTES NÚM 186

El secreto de una noche

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título, interpretada por los grandes artistas

LISETTE LANVIN y ALBERT PREJEAN

Narración de ALFREDO DARNELL

.....
P R O D U C C I Ó N

France International Film

Cinematográfica Nacional Española

S. A.

Vía Llayerana, núm. 53 - Barcelona

.....

REPARTO

Sylvain Renaud ALBERT PREJEAN
Claudina Hoppguerr LISETTE LANVIN
Cocó Armand Bernard

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

El "Maroc" entraba en el puerto de Marsella. Los pasajeros habían terminado de arreglar sus maletas y se apresuraban a subir a cubierta. Un joven se acercó a un caballero que parecía buscar algo y le dijo:

—¿Es de usted esta cartera?

El caballero miró a una mujer que estaba a su lado y, a un signo imperceptible de ella, contestó:

—¡Oh! Muchas gracias, caballero, es usted muy amable; efectivamente la cartera es mía. En el momento en que el joven iba a saludar, pegó una patada a una jaula y la esposa del caballero que había perdido la cartera, pegó un grito:

—¡Oh! ¡Mis periquitos!

—Dispense, señora, ha sido sin querer.

—Está usted perdonado. Nosotros somos los que le estamos agradecidos.

El joven se separó de ellos y se dirigió a

la pasarela con objeto de descender al muelle, pues el barco acababa de atracar.

Una hora después, el mismo joven penetró en un vagón del ferrocarril de París, y se encontró otra vez con la pareja del barco.

—¿Va usted también a París? — preguntó la señora.

—Sí, señora. Puesto que vamos a ser compañeros de viaje, permítame que me presente: Sylvain Renard.

—Julian Masquet y señora — dijo el esposo —. Me llaman también Coco, mi profesión es dedicarme a negocios de todas clases. ¿Usted va a París a trabajar?

—Sí..., aunque a decir verdad aún no sé lo que haré.

—¿No tiene usted profesión? — preguntó la señora Masquet.

—Verá usted. Yo he vivido siempre en Argel, donde mis padres se establecieron. Allí estudié varios años. Después mis padres murieron y yo me doctoré. Hablo seis idiomas y tengo varios títulos, pero voy a París con doscientos francos en el bolsillo... Con todo esto no sé a lo que me voy a dedicar. Procuraré encontrar un empleo.

—Lo encontrará, joven, lo encontrará — dijo Masquet.

—¡Oh! No me asustan las dificultades.

—Usted es un hombre! Julia; entrégale una tarjeta. Si alguna vez se encuentra usted

muy apurado venga a vernos, haremos por usted todo lo posible.

Cuando el joven se hubo dormido, la señora Masquet dijo a su marido:

— ¡Es simpático el muchacho!

— ¡Simpatiquísimo! Un joven que me regala una cartera es una joya.

— ¿Cuánto había dentro?

— ¡Mil quinientos!... Menos da un clavo...

Si nos regalaran una cartera cada día podríamos retirarnos...

Una vez llegados a París se despidieron y Sylvain se dirigió a una pensión económica que Masquet le había indicado.

Al día siguiente Sylvain se puso en movimiento y se dirigió a una firma importante que por medio de un anuncio en el periódico solicitaba un empleado.

Después de haber hablado largo rato con un Secretario, éste se retiró para comunicar con su Jefe. Cuando salió, Sylvain, esperando, le preguntó:

— ¿Qué? ¿Dónde me emplean ustedes? En asuntos contables o administrativos?

— Verá usted. El Jefe me ha dicho que necesitaba informes de usted.

— ¿En qué casas ha trabajado usted?

— ¿Yo?... En ninguna — contestó Sylvain —. Ya le ha dicho que he acabado mis estudios y...

— Entonces... yo lo siento mucho, pero no

no podré hacer nada por usted. Precisamente necesitamos un empleado que posea mucha práctica.

Retiróse Sylvain y empezó para él la tarea de ir de una casa a otra en busca de trabajo. En todas las casas el personal era más que suficiente, y Sylvain Renaud cada vez iba perdiendo un poco de esperanza.

Esta situación se prolongó varios días y el horizonte no se despejaba. Llegó el momento en que al muchacho sólo le quedaban unos cuantos francos en el bolsillo.

Una noche, cansado de su mala suerte, entró en un café con ánimo de beber un poco y espantar las negras ideas.

Llevaba ya bastante rato cuando oyó una voz que desde una mesa cercana lo llamaba.

— Señor Renaud, venga a hacernos compañía.

Sylvain se acercó a la mesa.

— ¡Ah! ¿Cuánto celebro encontrarles, señores Masquet! — exclamó Sylvain.

— Joven: ¿esta es la manera en que pensaba usted emplear el tiempo en París? — dijo el señor Masquet.

— ¡Oh! Aun no he encontrado trabajo. He buscado por todas partes y siempre me rechazan.

— No se descorazone usted. Hay que buscar bien.

— He intentado emplearme hasta en una



El primer día me hicieron disfrazarme de apache.

casa de cine. Me contrataron para comparsa a diez francos diarios. El primer día me hicieron disfrazarme de apache. Me tenían que coger entre varios y pegarme una paliza. Yo creí que pagarían simulándolo, pero, ¡ca! El primero me atizó un puñetazo terrible, entonces yo le pegué un dicroto y lo dejé k. o. No pueden figurarse la que se armó. Al fin tuve que salir por piernas, sin haber cobrado. Mientras el muchacho hablaba le servían

de beber y no tardó en estar bastante borracho. Entonces, Masquet le dijo:

—Si usted quiere le empleamos.

—¿De verdad? — dijo Sylvain riendo.

—Sí. Puede trabajar con nosotros — arrobó la señora Masquet.

—¿Y qué tendré que hacer?

—Ya lo verá usted. Ahora mismo nos marchamos. Usted sólo tiene que procurar obedecer. Es muy fácil. Pero, ¿no habrá bebido demasiado?

—¡No tenga cuidado! — dijo Sylvain. — Estoy a su disposición.

SEGUNDA PARTE

El auto que conducía a los nuevos socios, hacía ya bastante rato que estaba en marcha cuando la señora Masquet dijo:

—¡Coco! ¡Ese ya se ha dormido!

—¡Miraremos de despertarlo! Pero me parece que está demasiado borracho!

Mientras no nos resulte un estorbo, menos mal.

—Si no podemos contar con él, ¿qué haremos?

—No sé si debemos atrevernos...

—Eres un pusilánime, Coco; no sirves para esto... tú estabas muy bien de cajero, sin tener que preocupar por nada...

—Ya sabes lo que hice por tí...

—Bien, dejemos eso... Me parece que estamos llegando.

El auto se paró a unos cien metros de una casa rica en apariencia. Descendieron Coco y su compañera y dijeron al chófer, que también era un cómplice, que no se moviese de allí. El chófer, cuando se vió solo despertó a Sylvain.

—¡Eh! ¡Gandul! Vaya una manera de trabajar, ¿eh? ¿Tú, durmiendo, y los otros teniendo que hacer el paquete solos?

—¿Qué está usted diciendo? — preguntó Sylvain con la cabeza algo más despejada.

—¿Se lo voy a tener que explicar? Un borracho como una cuba y Coco teniendo que entrar solo en la casa. Como la facna se dé mal, ya verás.

—¡Explíqueme usted! ¿Qué ha ido a hacer el señor Masquet a esa casa?

—No me haga reír. Es la casa de Hoppguer, el financiero, ya puede suponer que a esta hora no habré ido a hacerle una visita de cumplido.

—¿Entonces, se trata de eso? ¿Han ido a robar?

El chófer abrió unos ojos muy extraños. Sylvain comprendió al fin la clase de negocios de Masquet y la borrachera se le disipó como por encanto. De pronto, tomando una determinación, se dirigió corriendo hacia la casa. El chófer entre dientes masculló:

—¡Ese maldito borracho es capaz de estropearlo todo.

Sylvain, cuando llegó a la casa, vió una ventana abierta y quiso entrar allí para convencer a Masquet que se fueran. Recordó que la primera mujer de Hoppguer había sido muy amiga de su madre.

Saltó la ventana y en el momento en que iba a abrir la luz, la electricidad se encendió.

—¡Manos arriba! — gritó una voz de mujer.

Sylvain alzó los brazos.

—¡Raymond! ¡Raymond! — gritó la señora Hoppguer.

—¿Qué sucede — dijo penetrando en la habitación un joven a medio vestir.

—¡Nada! Telefona a la Comisaría. Yo me ocupo de él.

—¡Señora! ¡Por favor! Permítame que me explique. No soy lo que usted cree. Yo le contaré... ¡Usted me comprenderá! ¡Sea buena!... ¡Le aseguro que no he entrado

aquí para robar!... Si telefona usted a la comisaría estoy perdido.

En aquel momento, Raymond, a quien la telefonista en vez de poner en comunicación con la Comisaría había puesto la comunicación que el marido de Lydia Hoppguerr había pedido desde París, dijo:

—Lydia, Lydia! ¡Tu marido está aquí!

—¿Cómo es posible? — exclamó ella asustada—. Dijo que no vendría hasta pasado mañana.

Habrá adelantado el viaje — contestó el joven.

En aquel momento el señor Hoppguerr, llegó hasta la puerta de la habitación de su esposa.

—¿Estás acostada, querida? — preguntó.

—Sí, Ramón.

—Entonces hasta mañana, estoy muerto de cansancio.

—Adiós, buenas noches — dijo ella, respirando fuertemente como el que se ha sacado un peligro de encima.

—No salga ahora! — dijo la señora Hoppguerr a Sylvain—. Ha tenido usted suerte. Cuando todos estén acostados puede marcharse.

Sylvain había recobrado todo su aplomo y dijo sonriendo y mirando al joven, amante de la señora Hoppguerr.

—Ahora resultamos cómplices.

—No se haga el gracioso. Ha tenido verdadera suerte. Ahora vamos a salir los dos... y hágase coger en otro sitio.

—¿Ya no tiene usted ganas de telefonar a la Comisaría? — preguntó Sylvain, sonriendo irónico.

Váyanse en seguida — dijo la señora Hoppguerr.

—Ya no tengo prisa — dijo Sylvain, sentándose tranquilamente en una butaca.

—¿Cómo — dijo la señora Hoppguerr asombrada.

—Por una vez que logro ser recibido por la alta finanza...

—¿Qué está usted diciendo, bandido? — dijo el joven iracundo...

—Hoppguerr! — siguió Sylvain tranquilamente es un nombre muy conocido. Menos mal que yo no soy mal chico. Porque figúrese que yo ahora me pudiese a gritar... y el gran hombre de negocios lo cazase a usted con su señora.

—¿Olvida usted que también le cogrían... y que le mandarían a la Guayana?

—¡Bah! ¡Yo no tengo nada que perder! ¡Lo mismo me da todo! ¡Ahora comprenda que una vez que se me presenta una oportunidad... no voy a despreciarla!

—¡Acabemos! — dijo la señora Hoppguerr. — ¿Cuánto quiere usted? Diga pronto: ¿cuánto?

—Sólo quiero una carta de recomendación para el Hoppguerr.

—¿Qué?

—Sí. ¡Es una ocasión inesperada! No quieren darme colocación porque no tengo recomendaciones... y ahora puedo tener una buena. Una recomendación de su mujer... y Hoppguerr me empleará.

—¡Está loco! — dijo el joven.

—No se preocupe, señora, será un empleado irreprochable. Estará contenta de mí. Si antes me hubiese permitido explicarle... pero ya no vale la pena... ahora no pido... exijo.

—¡Canalla! — dijo el joven.

—¡Esto es un chantaje! — exclamó la señora Hoppguerr.

¡Venga! ¡Escriba la carta! No pierda mos tiempo. Bien. Me llamo Sylvain Renaud, soy el hijo de una amiga suya...

—¡Lydia! — dijo el joven, mesándose los cabellos—. ¡Estás loco! No escribas.

—¡Usted cállcese! Créame, señora, escriba.

Y ante la sonrisa tranquila de Sylvain la señora Hoppguerr se puso a escribir la carta que le dictaba.

TERCERA PARTE

Al día siguiente Sylvain se presentó en casa del señor Hoppguerr.

—El señor Hoppguerr — preguntó a un criado.

—El señor no está visible — contestó el criado —, pero si lo desea puedo pasar el recado a su Secretario particular.

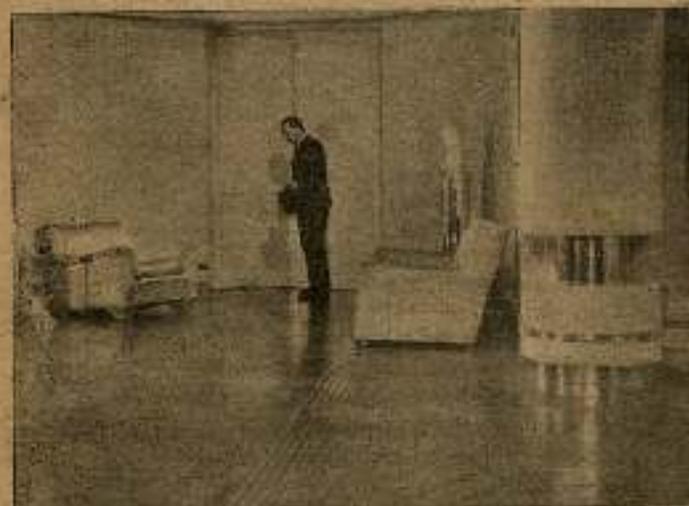
—Está bien — dijo Sylvain. Dete esta carta.

Un minuto después apareció el criado y dijo al Sylvain:

—El Secretario me ha dicho que no hay contestación.

Sylvain por un momento quedó desconcertado, pero disimulando hizo ver que se retiraba y en el momento que el criado había vuelto la espalda se coló rápidamente en el despacho del Secretario.

Sylvain se quedó de una pieza al comprobar que el Secretario era el joven con quien la señora Hoppguerr engañaba a su marido.



Sylvain por un momento quedó desconcertado.

—¡Ha logrado usted entrar! — dijo Raymond sonriendo triunfador — Bien, Pues ya ha visto que el chantaje no le ha salido bien. Usted no esperaba que el joven de anoche fuese el Secretario del señor Hoppguerr, su poder... ¿quiere que llame al Comisario?

Ante el asombro de Raymond, Sylvain se sentó en un sillón, cruzó una pierna encima de la otra, con toda tranquilidad y cogién-

do un cigarro de encima de la mesa del despacho lo encendió sin apresurarse.

—¿Qué significa esto? — preguntó Raymond, desconcertado por aquella sangre fría.

—Joven — dijo Sylvain—: ¿Tengo cara de tonto? No, ¿verdad?... Pues bien; espero que inmediatamente entrará usted en el despacho del señor Hoppguerr y le entregará la carta, añadiendo además unas palabras de recomendación.

Salga usted de aquí inmediatamente, o llamo a los criados para que lo echen — gritó Raymond fuera de sí.

¡Calma! ¡Calma!... Comprenda usted que si estoy tan tranquilo es porque tengo triunfos en mi juego.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí, señor. Ayer, antes de sorprenderme ustedes, logré apoderarme de ciertas cartas... de un secretario a una señora casada... ¿recuerda? Empiezan "Mi Lydia querida... y terminan. "¡Tu Raymond!... ¿Verdad que si se las enseño al marido, nos reiremos todos?... Ya ve que le sigo teniendo en mi poder...

—¡Un nuevo chantaje!... — dijo Raymond sintiéndose imponente.

—Verá, yo no descaba enseñárselas..., pero si usted se pone así...

—Si le logro la colocación, ¿me devolverá usted esas cartas? — dijo Raymond.

—¡Ah! No me crea tan idiota!... Si usted se porta bien, no tendrá por qué temer...

Dos meses más tarde la situación de Sylvain había variado por completo. El señor Hoppguerr, le había tomado a su servicio y estaba encantado. Sylvain, desde que le confiaba sus asuntos los negocios marchaban mucho mejor y poco a poco, Raymond se veía descartado por Sylvain, que de cuando en cuando le lanzaba una pulla.

Una mañana, mientras estaba en su despacho, entró el señor Hoppguerr y su esposa.

—Buenos días! — dijo Hoppguerr—. ¿Sigue usted vendiendo?

—Sí — contestó Sylvain—. He llegado un radio de Chang-Hai, cerramos a 85. New York sigue muy bien. He confirmado las instrucciones sobre los Petróleos de Bakou. Berlín espera nuestra llamada telefónica.

De una manera general, nos hallamos inmejorablemente colocados para la obertura de mañana...

—El señor Renaud es un secretario impecable — dijo la señora Hoppguerr a su marido—. Su celo te obliga a trabajar todo el día. Voy a lamentar el habértelo recomendado.

—Mi agradecimiento me impide creerlo, señora — contestó Sylvain con una reverencia—. ¡Cuando pienso lo que ha hecho

por mí durante todos estos meses! ¿Continúa mi rapport, señor?

En aquel momento entró en el despacho una muchacha lindísima, una rubia con cabellos relucientes y una cara anfiada y decidida. Era hija del señor Hoppguerr y de su primera esposa, y no podía sufrir a su madrastra, cuyas relaciones con Raymond conocía.

—¡Buenos días, papá! ¡Salgo a dar un paseo a caballo!

—¿Llegaste ayer noche y ya sales a caballo? — exclamó su padre satisfecho—. Veo que sigue tan deportiva como siempre.

—Quizá un poco demasiado — se apresuró a decir la señora Hoppguerr.

—¡No tenemos los mismos gustos! — contestó Claudia con una pinta de malicia.

—¡Ah! — dijo el señor Hoppguerr—. No os conocéis todavía... Mi hija Claudia, Sylvain Renaud, mi nuevo colaborador... Mi hija Claudia ha pasado una temporada en Inglaterra y acaba de llegar.

—Tanto gusto, señorita — dijo Sylvain inclinándose—. Y ahora, señor Hoppguerr, ¿me permite retirarme? Tengo que telefonar a Berlín.

—Bien. Hasta luego.

Cuando hubo salido, Hoppguerr dijo:

—Excelente muchacho, Lydia, tuviste ra-



- Lydia, tuviste razón cuando me lo recomendaste.

zón cuando me lo recomendaste, no podías haber escogido mejor.

Salió también Hoppguerr y quedaron solas Claudia y su madrastra.

-¿Un nuevo protegido? — preguntó Claudia nerviosamente. ¿El señor Raymond ya no forma parte de nuestra sociedad?

-¡Querida Claudia! — dijo la señora Hoppguerr —. Cada vez me hablas en un tono peor. Me parece que estás olvidando un poco

demasiado que soy la esposa de tu padre... Aunque sólo sea por respeto a él...

—Ma que nosotros tenemos un concepto del respeto completamente diferente — contestó Claudia dirigiéndose a la puerta y saliendo sin volver la cabeza.

CUARTA PARTE

Las circunstancias habían llegado a un extremo en que Sylvain se ocupaba de la marcha de los valores y del negocio en general, pero Raymond, que en realidad tenía muy poco trabajo, se entendía con las cuestiones de dinero. Aquella tarde Raymond se hallaba en su despacho con un sujeto.

-¿Entonces estamos de acuerdo — dijo el hombre — en la cifra de 300.000 francos y su tanto por ciento?

-El 20 por ciento — dijo Raymond.

-Señor Raymond, ya sabe usted que siempre hacemos el 15.

-Esta vez haremos el 20 — dijo Raymond.

—Entonces tendremos que cargar el 35 en vez del 30 — dijo el sujeto.

—De acuerdo.

—¡Oh! Querido, señor Raymond — dijo el hombre levantándose — es un placer tratar de asuntos con usted.

En aquel preciso momento se oyó una voz.

—¡No se molesten ustedes, señores, sigan, sigan!...

En la voz de Sylvain que había entrado en la habitación.

Raymond quiso intentar disimular y dirigiéndose a su interlocutor...

—Decíamos...

—No se preocupen ustedes: — atajó Sylvain—. Si no se acuerdan, este dictáfono se lo hará recordar. Fijense ustedes...

Sylvain, siempre sonriendo, se volvió hacia un aparato de registro de sonida y lo puso en marcha. El Dictáfono, repetía:

—Señor Raymond, ya sabe usted que siempre hacemos el 15. Esta vez será el 20..."

Sylvain paró el aparato.

—Y ahora, señores, quedamos que el precio serán 300.000 francos netos, sin comisión alguna ni aumento de precio. Les advierto que yo tengo otros vendedores mucho más baratos. Hasta la vista, señores, no se molesten.

Cuando Sylvain se dirigía hacia la puerta,

el sujeto se eclipsó y Raymond se acercó a Sylvain con aire amenazador.

—Le advierto que esto ya pasa de raya — gritó Raymond — ¿Qué quiere usted? ¡Me parece que se olvida muy fácilmente de cómo entró aquí! ¡Empiezo ya a cansarme! Usted me molesta, me espanta...

Sylvain hizo un gesto con la mano aconsejando calma, y tranquilamente contestó:

—¡Qué mal carácter tiene usted! Un cigarrillo ¿tiene usted? Gracias.

—¡Una cerilla! Muchísimas gracias. ¡Usted está molesto porque nuestros métodos de trabajo son diferentes! Eso es todo!

—¿Y usted no ha pensado nunca que le pueda romper la cara?

En aquel instante se presentó un erriado:

— Señor Renaud, los periodistas quieren hablar con usted.

— Dispense, Raymond, los periodistas me llaman. Hasta luego.

Después de conar, Lydia se dirigió a la terraza, donde había quedado citada con Raymond. En el momento en que aquél iba a decirle algo, apareció Sylvain, que se excusó diciendo:

—¡Oh! Perdónenme haberles molestado.

—¿Qué significa esto? — dijo Raymond rabioso.

—¿Es que se dedica usted a espiarlos ahora? — preguntó la señora de Hoppguerr.



- Buenos días, Sylvain, dijo Claudia.

—¡Oh! No, señora. ¡Ha sido una simple confusión! La señorita Claudia me había dicho que saldría a tomar el aire, y, desde lejos, a través de los árboles... había creído... ¡Buenas noches!

—¡Un minuto! — acercándose más a Sylvain—. Más vale que aprovechemos esta ocasión para explicarnos. Aquí no hay teléfono... ¡Estamos los dos solos!

—¡Y la señora! — añadió Sylvain sonriendo.

—¡Raymond, cálmate! — dijo Lydia—. Dejemos a este individuo.

—¡No! ¡No! Quiero acabar de una vez — dijo Raymond furioso por momentos. ¡Estoy harto de sus imbecilidades! ¡Desde hace dos meses la vida se me ha hecho imposible aquí!

—¡Hombre! ¿Por qué no se marcha usted? Yo en su lugar no me lo pensaría ni un momento... ¡me largaría!

—¿Qué? — dijo Raymond estupefacto.

—¿Usted cree que está bien lo que hace aquí? Imponer su presencia entre el marido de la señora y su amante, a esa pequeña Claudia, que se da cuenta de todo. ¿Usted cree que está bien que ella vea todo el día al amante de la mujer de su padre? En fin. ¡Basta! ¡Se largará usted! Me está ya dando asco.

El tono de las últimas frases era tan enérgico, que Raymond se quedó con la boca abierta.

—Y ahora, señora, usted también tiene que aconsejarle que se marche. Buenas noches.

QUINTA PARTE

A la mañana siguiente, mientras se acaba Sylvain de bañar, recibió un recado por teléfono:

— La señorita Claudia le ruega que se halle usted dentro de diez minutos en el embarcadero del Sena. Le ruega que la acompañe a dar un paseo en bote.

Sylvain se quedó pensativo unos momentos y se vistió rápidamente dirigiéndose al embarcadero.

— Buenos días, Sylvain — dijo Claudina alargándole la mano sonriente.

— Buenos días, señorita. Encantado de poderla acompañar.

Claudia no contestó. Permanecieron ambos un rato silencioso, y, por fin, Claudia, dijo:

— Sylvain: usted se preguntará a qué se debe este raptó, ¿no? He querido dejarle de toda aquella gente para pedirle perdón...

— ¿Perdón de qué, señorita?

— He sido injusta con usted... ya lo sabe

usted... yo le creía... como Raymond... pero desde ayer...

— Usted...

— Sí, yo oí la conversación del jardín. ¡Si usted supiese la alegría que me proporcionó el haberme equivocado! ¡Me pareció que encontraba un amigo!

— ¡Oh, señorita! — dijo Sylvain emocionado.

— Yo nunca he tenido amigos, señor Renaud... La hija de un hombre muy rico sólo ve cosas muy sucias... hara falta demasiada indulgencia... y yo me niego a ser indulgente... ¿hago mal?

— ¡Hace usted muy bien! ¡No se debe ser indulgente! ¡Ni con los demás, ni con uno mismo! ¡Yo también estoy encantado con poder ser su amigo!

— Le advierto que yo soy muy exigente! Si tengo un amigo es para que esté mucho tiempo a mi lado.

Una vez que Sylvain hubo dejado a Claudia en la casa, se dirigió en auto hacia París.

Desde hacía unos días recibía avisos telefónicos de Coco o de su señora. Le habían avisado que ellos tenían las cartas comprometedoras para Lydia Hoppguerr.

Sylvain decidió ir a verlos, pues quería zanjar aquella cuestión para siempre.

— ¿Qué tal, señor Sylvain? — dijo la señora Masquet —. Veo que ha sabido usted su-

bir rápidamente. De esto se llama un hombre aprovechado y no tú, Coco, que nunca has sabido salir de la miseria.

—Bien. Vamos al asunto — dijo Sylvain.
—¿Sabéis a lo que vengo?

—Usted oír — contestó Coco —, pero supongo que será a darnos algo de lo que saca.

—¿Qué dice?

—Sí. Usted dijo que trabajaría con nosotros. Por lo tanto, el producto del trabajo va a medias.

—Coco, usted está loco. Yo ignoraba que se dedicasen a robar. Bien. Yo vengo a por las cartas.

—¿Qué? — exclamó el matrimonio al unísono.

—Vengo a por las cartas. Y las advierto que si no me las entregan ahora a las buenas, lo harán por las malas.

—Puede usted marcharse — dijo Coco señalándole la puerta.

Sylvain salió tranquilamente y desde la puerta repitió:

—De todas las maneras me las entregarán. Adiós. Hasta la vista, que será pronto.

Cuando Sylvain llegó a casa de los Hoppguerr, un criado le dijo que la señora había preguntado por él y deseaba que subiese a su habitación.

Sylvain subió las escaleras pensando qué

podía querer Lydia. Cuando hubo podido permiso y se encontró ante ella, le dijo:

—Usted dirá. ¿Qué desea de mí?

—Sylvain, le felicito, su estilo humorístico es bastante bueno.

—No entiendo. ¿A qué se refiere usted? — preguntó Sylvain.

—¿No lo sabe usted? ¡Aht... Veo que al fin se ha decidido a dejar la partida... quizá Raymond le infunde más respeto del que usted aparenta. ¿No es eso?

—Señora... continuó sin comprender una palabra — dijo Sylvain divertido.

—Bien. Aquí tiene su carta. ¿No la reconoce? ¿Quién se la ha escrito? ¿Su amante?

Sylvain cogió la especie y leyó:

"Señora Hoppguerr: una feliz casualidad me ha proporcionado el placer de guardar por unas semanas un precioso stock de cartas. Su valor es bastante elevado, resultarán casi tan caras como unos papyrus egipcios, pero usted es rica y puede pagarlas. Esta noche un canot cruzará el de usted a las diez de la noche. Usted entregue 100,000 francos en billetes, y las cartas le serán devueltas.

Un anónimo que tiene mucho corazón y poco dinero."

—Es verdad. Tiene bastante gracia. Pero su autor no soy yo.

—¿No? Bien. Esta noche, a las diez, tendré

usted 100.000 francos y yo el gusto de no volverle a ver nunca más.

Señora, piense usted lo que quiera. Usted lo pase bien.

Cuando Sylvain se hubo marchado, Lydia hizo llamar a Claudia.

—Querida Claudia...

—Antes dos palabras — dijo la muchacha.

—Sylvain Renand acaba de salir de aquí. No me lo niegues, porque lo he visto por mis propios ojos. ¿Es acaso también su amante?

—Mis amantes no son unos bandidos — contestó Lydia iracunda—. Además, veo que todos tenemos debilidades. ¿Estás enamorada de ese tipo? Lee esta carta y sabrás quién es.

Claudia leyó la carta y se quedó un rato pensativa.

—¿Qué piensa usted hacer?

—¿Qué pienso hacer? Yo nada. Te entregaré 100.000 francos y tú irás en el bote en mi lugar. Así te convencerás de lo que te digo.

—¿Qué le parece?

—Conforme — dijo Claudia. Iré yo.

Mientras Sylvain preparaba por su parte el plan para hacerse con las cartas.

Durante la cena, todos hablaron muy poco y el señor Hoppguerr hizo la observación.

A las nueve y media todos se retiraron y el señor Hoppguerr se dirigió al Club. Sylvain se dirigió hacia el embarcadero y poniéndose

un abrigo y con el sombrero calado hasta los ojos, cogió una canoa automóvil.

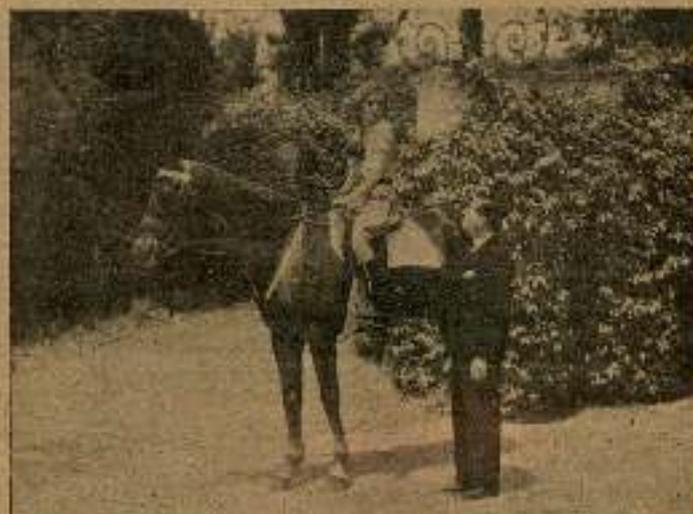
A las diez menos cuarto vió una canoa que se dirigía río arriba; en ella iban dos personas, una de ellas mujer. Comprendió Sylvain que se trataba de Coco y su mujer, autores de la famosa esquila. Dirigió su canoa al encuentro de la otra, y en el momento que llegó a su altura la hizo detener y, saltando a ella, cogió a Coco por el cuello y le hizo entregar a la fuerza las cartas. Una vez las tuvo en su poder volvió a saltar a su canoa y les gritó:

—Coco: ya le había dicho que a las buenas o las malas. Y de ahora en adelante no quiero volverles a encontrar en mi camino o les haré acabar sus jugarecitas en la Guayana. ¿Entendido?

Sylvain remontó otra vez el río y a las diez en punto vió un canot que apenas se movía. Rápidamente se dirigió hacia él. Una mujer, que él creyó Lydia, iba envuelta en un abrigo y tapada por un velo.

—Aquí tiene los 100.000 francos — dijo la voz de la mujer tapada—. Déme las cartas.

—Señora — contestó Sylvain—. Aquí tiene usted las cartas. No quiero los 100.000 francos. Si usted me ha creído un bandido se ha equivocado. Aunque a usted le extrañe mucho, aun quedan hombres honrados en el



- Yo sabía que era usted un hombre de honor...

mando. Es la última vez que la molesto. Usted lo pase bien.

A la mañana siguiente el señor Hoppguerr descendió al comedor para tomar el desayuno con muy mala cara.

-¿Qué te sucede, papá? — le preguntó su hija Claudia.

Una mala noticia, Sylvain Renaud me acaba de telefonar que dimite el cargo y que se marcha.

-¿Es posible, papá?

-Sí. No he podido convencerlo. Como no lo logres tú...

Claudia se acercó a su padre y dándole un beso le dijo:

-Papá, le convenceré.

Claudia se dirigió a la habitación de Sylvain a quien encontró arreglando sus maletas.

Le invitó a que le acompañara al jardín antes de dar su paseo matinal a caballo.

-¿Se marcha usted?

-Sí — contestó Sylvain sin volver la cara.

-Bien. Vea que cumple usted sus promesas. Ayer noche me dijo que no me molestaría más.

Sylvain se giró rápidamente hacia ella.

-¿Qué dice usted?

-Sí, Sylvain; la mujer que anoche estuvo en el canot era yo. Yo que no dudé un instante de usted. Yo sabía que usted era un hombre de honor y aunque me creyeron convencer con una prueba terrible, yo acepté sustituir a mi madrastra.

-¿Usted, Claudia, usted!

-Sí. Yo que lo quiero por amigo, yo que le pido que no se marche, que se quede siempre con nosotros...

Y Sylvain cogió a Claudia entre sus brazos y con un beso selló su amor.

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

HA PUESTO A LA VENTA

UN SECUESTRO SENSACIONAL

En el mundo entero, el secuestro del hijo de los célebres aviadores Lindberg, llamó poderosamente la atención y en todas partes se abominó del infame hecho, que llevaba al hogar de unos esposos felices, la más dolorosa tragedia, como es la de perder al único hijo. Este tema de tan profunda emoción, de una realidad tan innegable, es el que se ha querido plasmar en la pantalla para que todo el mundo pueda comprender la crueldad de esos seres, que sin reparar en la inocencia de las criaturitas, las someten a sus bajos instintos con la avaricia desmedida del oro.

Creación de la actriz

Dorothea Wieck

Precio: UNA peseta ejemplar.

PEDIDOS A —

Editorial "ALAS"-Apart. 707 - Barcelona

Servimos ediciones sueltas y colecciones, completas, previa envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Prácticos gratis.

COLECCION PITUSA

LECTURA ESPECIAL PARA NIÑOS

Almanagues 1935

30 céntimos
ejemplar

Mickey Mouse Betty Boop
Los tres cerditos Juanito Milhombres
Bimbo El gato Félix

Cuentos infantiles

30 céntimos
ejemplar

Nochebuena con Villancicos
Los Reyes Magos
PITUSA en el País de Jauja
Carnaval Infantil
Noche de brujas
(BETTY BOOP)



Fábulas

El león y el ratón

PERDIDOS A

EDITORIAL "ALAS"—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos además novelas y colecciones completas, precio suyo del libro
más el porte en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado.
Franqueo gratis.